

el vino; en que las frutas mas sabrosas y mas necesarias penden de los árboles despojados de flores y próximos á perder sus hojas. Por la armonía que hay entre la vida del hombre y la vida de la naturaleza, parece á esa edad de la madurez de nuestra existencia en que las pasiones se dejan guiar por la voz de la razon, y los actos por la voz de la conciencia, y las ideas toman cierta armonía, y las facultades todas cierto equilibrio, teniendo aun nuestro sér de la juventud la robustez con la hermosura, y de la ancianidad esa majestada que dan los años, y que tan profundo respeto inspira por las indelebles sanciones del tiempo y por sus larguísimas y solemnes experiencias.

Es verdad. El otoño parece á primera vista muy triste. Los días se acortan. Crecen las noches con grande crecimiento. El cielo se empaña, porque el desequilibrio entre el aire enfriado por largas tinieblas y las tierras encendidas por los calores del estío, trae las lluvias. Comienza á coronarse la alta montaña de nieves, semejantes á las primeras canas, y los valles á cubrirse de hojas secas, semejantes á ilusiones muertas. La mariposa pliega sus alas y deja de ostentar sus mil colores y matices por la dilatada campiña. Los pájaros que amamos mas se van como la sagrada golondrina, cuyo regreso tanto nos ha alegrado en otro tiempo. Sécanse las flores. Y cierta solemne melancolía se apodera del alma y se extiende como un paño fúnebre por toda la creacion.

Pero á cambio de eso, ¿qué tiene que ver un paisaje de abril con un paisaje de octubre para quien sabe contemplar los espectáculos de la naturaleza? Todo verde en la primavera, todo embellecido por ese matiz uniforme de las primeras yerbas y de las primeras hojas, variadas solo con algunas flores que el calor de la vida y sus esperanzas abren por las antes secas ramas de los arbustos frutales. Y el otoño da á los bosques una indecible variedad de colores y de matices. Mullida alfombra de hojas secas se estiende bajo nuestros piés, pero en las enramadas toman los árboles una indescriptible variedad de matices, teñidos de una extraña poesia por lo mismo que tienen verdadera tristeza. Ya se ven hojas del color de oro que tiemblan al vientecillo y se trasparentan cual si fueran luminosas. Ya hojas que del color amarillo pasan al color naranjado con gradaciones de una incomparable belleza, como las de esas cintas de vapores tendidas sobre el ocaso y por los bordes del horizonte. Ya un color purpurino enciende y enrogece con toques de fuego árboles que se elevan junto á otros árboles de un verde desmayado y pálido. Y llueven sobre nosotros esas hojas de metálicos aspecto, embelleciendo la campiña, cuando el viento las arrastra, con sus matices varios, y con sus varios movimientos. Nunca olvidaré una tarde de otoño en ese Escorial, tan sombrío como majestuoso, en que las pie-

dras todas os hablan de la muerte. El color pálido de las hojas que comenzaban á caerse contrastaba con las verdes jaras del suelo, y las nubes aglomeradas en diversos espacios del horizonte con los resplandecientes claros de azul celeste, y la lluvia prendida á las hojas con los rayos de un sol canicular que salian de pronto y animaban el paisaje hácia el Mediodía entonado por una tempestad oscura y tonante, y al Norte embellecido por las primeras nieves que acababan de caer sobre la violácea cordillera, cuyos transparentes riscos se armonizaban de una manera admirable con las parduzcas piedras de la inmensa y faraónica tumba.

Pero tambien tiene la estacion otoñal sus alegrías. Yo recuerdo aun los otoños de mi valle meridional con piadoso regocijo. Henciáse la casa con toda suerte de frutas. Sobre anchas piedras las familias campesinas abrían las almendras, extrayéndolas de su primera corteza, toda perfumada por la resina y la goma bien olientes. Cortábamos las colmenas, defendidos contra el aguijon de las abejas con impenetrables guantes y máscaras y capacetes de alambres, y recogiendo en cambio aquella rica miel, quinta esencia de las flores de primavera cosechada en los primeros días del otoño. La aceituna negreaba por los olivos. La higuera, entre sus hojas todavía verdes, ostentaban los sabrosos y oscuros higos. A las puertas de nuestras casas alzábanse grandes montones de maíz, cuyas mazorcas encerradas en áureas hojas que adornaba sedosa madeja, una vez desprendidas y echadas al suelo, producian singular ruido que no puede explicarse con la palabra, pero que todavía conmueve mis entrañas y evoca en mi mente los dulces recuerdos de la infancia con su lejano susurro. La matanza se unia á todas estas fiestas campestres; pues celebrábamos, como si fuera una boda, la inmolacion de los cerdos, con perdon de mis lectores, como decian nuestras buenas gentes. Cuando aun no amanecía sacaban allá por triste mañana de noviembre el perezoso animal de su lecho de inmundicias. Tiene la infancia tal crueldad, por lo mismo que ha experimentado poco el sentimiento y casi nada el dolor, que nos deleitaba despertarnos al son desgarrador de sus lamentosos gruñidos, cuyo estridor ahora francamente no podríamos soportar. Tendíanlo en una mesa, donde forcejeaba con la furia propia del apego que todos los séres tienen á la vida, y lo acababan abriéndole con ancho cuchillo honda incision en la garganta, por cuya herida lanzaba borbotones de sangre y ronquidos de muerte. Quemábanle luego la piel, para extirpar la cerdas, con hachoncillos de esparto, cuya luz, cuyo humo, cuyo calor nos encantaba con indecibles encantos. No sabeis, no, lo que es el campo lo que es el pueblo, los placeres de la vida del hogar y de la vida del trabajo, si no habeis visto en la ancha caldera hervir la morcilla negra como el azabache; en el lebrillo verde amontonarse la masa de chorizos rojos, como los pimientos riojanos; en la blanca tripa crecer la sonrosa-

da longaninza; por un lado los jamones recién cortados, por otro los huesos mondadísimos, aquí el mondongo, allá el rabo y la cabeza y las orejas, abriendo el apetito con la oferta de convertirse á la lumbre y por pródidas manos aderezados en sabrosísimos manjares, los mas gratos á nuestro paladar: por eso no me han extrañado los combates de nuestra política por el presupuesto, despues que he averiguado—al recorrer las cocinas europeas y sentarme á las mejores mesas, por la preferencia dada á los alimentos con que mantuvimos nuestra infancia sobre todos los demás alimentos—como el órgano por excelencia patriota de nuestro cuerpo, mas patriota aun que el corazón, es el estómago.

Pero la fiesta del otoño es la vendimia. Amarillean los pámpanos; y de los gruesos sarmientos penden los ópimos racimos. Como se trasparentan, como se engordan, como se endulzan, pidiendo la necesaria trasformacion en esa caliente sangre de la tierra que se llama vino. Las abejas corren á picar los granos y zumban como si les dieran una serenata ó las alabaran por su riquísima miel. Mirad los vendimiadores, inclinándose é irguiéndose, para cortar el racimo, trabajo que ameniza con alegres tragos y alegrísimas canciones. Junto á las cepas, en espuestas grandes, en canastos circulares, lucen las uvas blancas, negras, purpurinas, verdes, ora tirando al color del ámbar, ora al matiz de la rosa. Una tarde estaba yo en Málaga, en viña amenísima sobre una colina, al borde del mar, volviendo de continuo la vista desde las orillas doradas por la arena, á las montañas por el sol poniente esmaltadas sobre cuyas crestas se veía, como si fuera la luna llena saliente, el pico más alto de Sierra Nevada, circundado por las reverberaciones de un cielo espléndido y clarísimo. En aquella feraz campiña, entre cepas de pámpanos rojos y verdes bajaban, como en coro, las jóvenes campesinas, llevando sobre sus esféricas cabezas, cestos semejantes á las ánforas antiguas, llenos de áureos y olorosos moscateles, que les daban el aspecto de las bellísimas canéforas griegas, cuando en las llanuras de la Atica, mantenian sobre sus frentes por el cincel de Fidias y de Praxiteles esculpidas, los templos de los dioses, armoniosos en su sencilla arquitectura como los exámetros de los poetas. Otro día me paseaba por los campos de Mantua al terminar octubre, recitando en mi memoria los versos mas bellos de Virgilio. Una carreta se paró en el camino, tirada por bueyes que llevaban sobre el testuz sendas guirnaldas de frescas y olorosas yerbas. Dos jóvenes campesinos metidos dentro de aquella carreta, que era como un lagar ambulante, pisaban las uvas con las cadencias y los compases de un baile. Desde la zaga caía por un especie de caño, abundante chorro de vino, tan grueso como el chorro de una fuente, que esparcía vivificador aroma. En torno de la carreta, niños medio desnudos pero coronados de pámpanos, muchachas de una belleza escultórica, con las sienes ornadas de flores, bai-

laban de tal suerte y cantaban con tanta solemnidad y tanta poesía, que me creí en una de aquellas danzas religiosas de otros tiempos; como si el Dios-Naturaleza viviera y habitara todavía el santuario de los campos, recibiendo ofrendas y holocaustos de los felices campesinos. ¡Oh! La vendimia, el matiz de las hojas, la transparencia de los racimos, los sarmientos inclinados al enorme peso, los montones de uvas, aquí y allá las espuestas llenas, los carros y carretas en todas direcciones, los coros alegres de los vendimiadores, el lagar donde pisan las uvas al son de las canciones y con los compases del baile, el mosto olorosísimo, la alegría de la vida exuberante, todo esto compone un poema campestre, un idilio que no puede olvidarse y cuyo recuerdo recrea el ánimo y esparce la imaginacion en cielos espléndidos de pura é inextinguible poesía.

Las fiestas de la primavera se diferencian mucho de las fiestas del otoño. La religion, que tiene tanta poesía, ha puesto en los meses de Abril y Mayo las Pascuas floridas, la Ascencion á los cielos, los dias consagrados á ofrecer á la Virgen la cosecha de flores nacidas y brotadas al soplo de su divino amor. ¡Cuántas veces, de niño, he unido mi voz á las letanías, cuando el clero de mi parroquia iba por las mañanas á bendecir con la cruz de mayo los campos henchidos de exuberante sávia! ¡Cuántas veces he creído el día de la Ascencion, al cantarse la misa de hora, acompañada por el órgano, que los olivos volvian el revés de sus hojas al cielo, tornándose de verdi-negros en albos y plateados, para contemplar la subida de Cristo en sonrosada nube á los cielos! En otoño las pardas nieblas vienen y lloran; las golondrinas se van y dejan sus vacíos nidos en los aleros de los tejados, en los techos de las cabañas. ¡Cuánta diferencia entre su alegre venida, que anuncia la luz, el calor, la vida, las flores, la alegría universal y su triste despedida, que anuncia el cierzo, el hielo, el deshoje, la muerte! Mil veces, lá as últimas, á las mas atrasadas golondrinas, á las que revolotean ateridas en torno de nuestros cristales, ya cerrados, como si no quisieran dejarnos, y pian una de sus alegíacas lamentaciones, les he rogado que me llevarán con ellas, en sus alas, á través de los mares, allá á las tierras del sol, exentas de nuestras escarchas, y donde el invierno brilla como una primavera perpétua. Pero vuelan, se van y se llevan un año de vida en sus ténues alas. Y nos dejan próximos á esas largas noches de invierno en que el viento muge y la lluvia azota nuestras ventanas. ¡Oh! Se van, se van y nos dejan! Por eso, como en el mes de mayo las flores de María, en el mes de noviembre la fiesta de los muertos. Sí, á vosotros, los que os habeis ido de nuestro lado, los que paseáis por otros mundos, dejándonos por toda herencia vuestros huesos y vuestras cenizas, os conmemoramos todos los años, cuando los ruiseñores se callan, cuando las golondrinas se van, cuando los árboles se deshojan, cuando las hojas se pudren, por la fies-

ta de noviembre, que se llama tambien la fiesta de los muertos. Entonces vamos á los cementerios y recogemos nuestra alma en los recuerdos y consagramos una oracion á los muertos. Todo es sombrío, todo triste. Pero así como bajo la escarcha se oculta y germina la semilla, que lleva las espigas, bajo el sepulcro se oculta y germina la resurreccion, que lleva en sí la inmortalidad. Todo renace en el universo; y todo renace en el alma. La vida es una trasformacion y un renacimiento continuos. La tumba es una larva, de la cual sale una alma que estiende sus alas en lo infinito y llega hasta las cimas de la gloria. Ya que la vemos, creamos en la resurreccion universal. Y alabemos á Dios en cuyo seno se despertarán y se trasformarán nuestras almas. Si, el sentimiento de la naturaleza concluye por convertirse en puro sentimiento religioso. Por eso asistimos con tanto interés y presentamos con tanto empeño esta época en que el sentimiento de la naturaleza renace en almas como el alma de Filippo Lippi.

## CAPITULO XIV.

### Una Profesion y una Boda.

Llegó por fin el dia de celebrar en la iglesia del *Carminé* la profesion de Fra Filippo Lippi y en la iglesia de San Giovanni el matrimonio de Lucrecia Butti con Guido Montaperto. Desde el amanecer las campanas del monasterio repicadas al vuelo anunciaban con su tañer jubilosísimo que una nueva alma se desasia del mundo para asirse al cielo. Y desde el amanecer los preparativos que en torno del palacio Butti se veian, los parientes que llegaban, los bancos que se ponian á la puerta para los invitados, las comparsas de músicos y juglares decian tambien que se verificaba allí una espléndida boda. Ardía pues Florencia en curiosidad por ver los dos espectáculos, que si bien constantemente iguales, parecian constantemente nuevos. Mas imposible asistir á las dos ceremonias, porque las dos se disponian de suerte que iban á celebrarse en el mismo instante. A las once de la mañana era la misa en que Lucrecia debía unirse indisolublemente con Guido, y á las once de la mañana era tambien la misa en que Filippo debía pronunciar sus votos irrevocables y eternos. Para los curiosos tenia poderoso incentivo, la boda, el lujo fabulosísimo que debía realzarla; y poderoso incentivo la profesion, el elocuente discurso que debía pronunciar el Prior del *Carminé*, reputado por su maravillosa elocuencia. Pero divididos entre ambos espectáculos, ibase el mayor número á la boda, solicitado por los recreos de la vista, mas apetecidos que los recreos del espíritu.

No necesitamos decir cuán atareada estaria en aquella ocasion Brígida, la buena Brígida, el alma de la casa; y cuán embargado el caballero Butti, implacable sacrificador de su hija. Ambos á dos se habian levantado con el